

Por amor el tiempo se abre en canal
y el destino sólo es arcilla en nuestras manos.

LOLA P. NIEVA

LA PERLA DE AGUA



Galardón

LETRAS DEL MEDITERRÁNEO 2018

otorgado por la Diputación de Castellón

LOLA P. NIEVA

La perla de agua

Martínez Roca

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2018, Lola P. Nieva

© 2018, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-270-4437-1

Depósito legal: B. 7.338-2018

Preimpresión: David Pablo

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

CAPÍTULO 1

UN EXTRAÑO EN MI REINO DE PAPEL

Oropesa del Mar, mayo de 2018

Lancé una reprobadora mirada al grupo de estudiantes adolescentes que murmuraban jocosos tratando en vano de sofocar sus carcajadas. Ya los había amonestado varias veces, componiendo mi gesto más severo y mi tono más amenazador; no obstante, continuaban sus burlas.

Me ajusté las gafas sobre el puente de la nariz y suspiré largamente, tratando de aplacar la frustración ante el incumplimiento de la más importante norma de toda biblioteca: el silencio.

Chité por enésima vez y estrangulé un gruñido decidida a tomar la única medida efectiva ante aquella flagrante falta de respeto: la expulsión. Me puse en pie y avancé hacia ellos con porte envarado y gesto adusto.

Los muchachos agacharon casi al unísono la cabeza para enterrarla en la pila de libros abiertos diseminados por la mesa; algunos tenían el rostro congestionado por las risas contenidas.

Me planté frente a ellos y carraspeé para atraer sus miradas sobre mí.

—Recoged vuestro material y abandonad la sala —pedí en tono tirante y con expresión inflexible.

—No volveremos a molestar, lo prometemos —replicó una de las chicas con mirada arrepentida.

—Tarde, se han agotado los avisos —tercié señalando la puerta.

La experiencia me había enseñado que, si se cedía ante aquel ruego, lo único que se conseguía era que te perdieran el respeto. Y, en aquel reino de papel y silencio, yo era la encargada de hacer cumplir las normas.

El grupo de chicos me lanzó una mirada irritada, y algunos resoplaron resignados. La chica que había hablado se encogió de hombros y comenzó a recoger tras regalarme un ceño resentido.

No me moví ni un centímetro de mi posición mientras los observaba impasible con los brazos cruzados bajo el pecho.

Cuando el último de ellos se puso en pie y se colgó la mochila a la espalda, los seguí hacia la salida para cerrar la puerta tras ellos. Oí con claridad entre una frase barbotada con rencor la palabra *amargada*, un adjetivo que solían usar mucho en lo que a mí se refería, entre otros similares, naturalmente. Mi fama de agria, estirada y sargento solía reducirse a un apodo: Señorita Rottenmeier, así me llamaban. La típica solterona que sobrepasaba la treintena, estricta, sobria y rara, cuyo único disfrute era la soledad y los libros.

Éstos habían sido mi único refugio, la manta que me abrigaba en invierno y la brisa que me refrescaba en verano. El abrazo que alejaba la soledad y la pasión de un amante inexistente. El susurro de un buen consejo o la inquietud de una profunda reflexión. Las emociones no sentidas en carne propia, o las vidas que nunca viviría. Todo eso era un libro para mí, para alguien que se cobijaba en la soledad desde aquel trágico día. Para alguien que había decidido aislarse del mundo y protegerse de él.

Suspiré lentamente y me volví para encaminarme a mi puesto cuando me topé con la mirada censuradora de unos profundos e inquietantes ojos verdes.

Ya había reparado aquella mañana en aquel extraño hombre que había ocupado una mesa junto a la ventana y tecleaba concentrado en el ordenador del centro. Nunca lo había visto por allí, y podía asegurar que se trataba de un forastero, pues no era el tipo de hombre que pasara precisamente desapercibido, y menos en aquel pueblo tan pequeño.

Accentuó su ceño reprobador y sus labios se apretaron quizá reprimiendo decirme algo. Su excesiva atención y su mohín disgustado me agitaron, y aceleré mi paso hasta volver a parapetarme detrás de mi mesa en la recepción.

Evité mirarlo y me escondí tras la pantalla de mi monitor fingiendo consultar unos datos. Pero sentí de forma tan tangible su mirada sobre mí que me removí inquieta en mi asiento y traqué saliva incómoda.

Dejé pasar unos minutos antes de atreverme a lanzar un vistazo en su dirección.

El hombre ya no estaba en aquella mesa, sino frente a un anaquel en particular, escudriñando concienzudamente los lomos de unos libros.

No pude evitar deslizar la mirada por su cuerpo. Era delgado, fibroso y muy alto, pero lo que más llamó mi atención fue ese halo misterioso que lo envolvía, un curioso contrapunto a la contundente seguridad que manaba de cada uno de sus gestos y que lo hacía resaltar de su alrededor. Una llamativa mezcla entre un peculiar misticismo etéreo y una mundanal rotundidad.

Su cabello era negro, abundante y peinado hacia atrás, pero rebelde, a juzgar por el modo en que algunos mechones pugnan por escapar de su sitio. Por detrás cubría su nuca, con las puntas rizándose ligeramente hacia arriba, como si retaran a que unos dedos tenaces las domaran. Tan absorta me encontraba en mi escrutinio que no me percaté de que yo también era objeto de uno similar.

Me puse rígida y aparté sofocada la mirada, pero no sin antes percibir un marcado gesto travieso preñado de diversión en la expresión del hombre.

Alcé la barbilla y fingí dedicar mi atención a la pantalla de mi ordenador mientras desplazaba el puntero del ratón de manera errática trazando absurdos círculos. Tuve que esforzarme en mantener los ojos en la página de archivos de la biblioteca, donde unos instantes antes actualizaba el registro de novedades, pues mi mente no dejaba de volar hacia aquel extraño desconocido.

Tras lo que creí un paréntesis prudente, me permití volver a buscarlo con la mirada, pero ya no estaba en aquel pasillo. Tan absorta me encontraba recorriendo la sala que no me apercibí de la figura que estaba apoyada en el alto mostrador de mi izquierda.

Un intencionado carraspeo logró captar por fin mi atención.

Cuando dirigí la vista hacia allí, mis ojos se agrandaron y mi gesto reveló traidor la inesperada impresión de tenerlo junto a mí. Y, por si no hubiera sido suficientemente comprometida mi reacción, de mis labios escapó una suerte de exhalación sorpresiva que puso la guinda. Habría puesto los ojos en blanco tras un

bufido exasperante si ese gesto no me hubiera coronado como la pardilla del año. Por supuesto, tenía que ser él.

Por su expresión era fácil adivinar lo divertido que le parecía mi desconcierto, y en su socarrona mirada advertí que era muy consciente de que lo había estado buscando.

Para colmo de males, decidió apoyarse indolente sobre la despejada superficie del mostrador y acercó su rostro al mío. Sus penetrantes ojos verdes me escudriñaron divertidos.

—Necesito un libro —murmuró fijando su mirada en mis labios.

Supe lo que se proponía, y tras la impresión inicial yo ya me había repuesto lo suficiente para mostrarle mi lado más mordaz.

—Menos mal, porque es lo único que puedo ofrecerle —argüí irónica acomodando las gafas en el puente de mi nariz con gesto seco.

El hombre alzó una ceja y sonrió de medio lado con suficiencia mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Estoy seguro de que hay más cosas que puedes ofrecerme, pero de momento sólo quiero un libro.

Lo fulminé con la mirada y oprimí los labios en una mueca furiosa que no me molesté en ocultar.

—Lo único que le ofrecería con mucho gusto sería la salida —repliqué indignada.

Él pareció estrangular una sonrisa, pero la sombra de ésta refulgió con insultante picardía en sus ojos.

—Sí —adujo clavando su afilada mirada en mí—, ya he visto que tienes cierta inclinación a echar gente del centro. Pero, como funcionaria pública, soy yo quien paga tu sueldo, y por tanto... —dirigió la mirada a la placa identificativa que llevaba prendida en mi blusa—, Elisa, exijo que me atiendas debidamente en lugar de evadir tus funciones.

Sentí cómo la sangre se agolpaba en mis mejillas y la ira burbujeaba en mis venas incendiando mi ánimo. Cerré los puños y mi boca se transformó en una fina línea blanquecina.

—Vaya, veo que, tras esa capa de hielo, se esconde todo un volcán. Interesante.

—Lo único interesante aquí es ver a un capullo en una biblioteca.

Esta vez abrió los ojos con asombro y, tras un segundo de incertidumbre en el que me pregunté si mi réplica podría tener consecuencias en mi expediente, el tipo estalló en carcajadas.

Observé impasible cómo incluso le lagrimeaban los ojos y cómo su risa resonaba por la sala en un cascabeleo alegre llamando la atención de los presentes, que lo miraron, intrigados algunos, reprobadores otros.

—¿Le importa reírse en la calle?

Eso intensificó su risa y redobló mi intención de librarme de él.

Salí de detrás del mostrador y me acerqué a él, indicándole la salida con un gesto apremiante.

—No, no, Elisa —logró mascullar sofocando sus risotadas, no sin esfuerzo—, conmigo no te resultará tan fácil.

—Le pido, por favor, que abandone la biblioteca —murmuré severa.

Sostuvo mi mirada con firme determinación y negó con la cabeza.

—Y yo, que seas más profesional y dejes de lado tus reservas personales con alguien que sólo respondía a un sarcasmo innecesario con otro. Si no te gustan las pullas, no las lances.

Fruncí el ceño y respiré hondo tragándome mi orgullo.

Estaba claro que no se iría sin oponer resistencia, y en verdad no podía obligarlo simplemente con mi ruego. Así pues, me crucé de brazos y lo miré irritada.

—¿Qué libro busca? —inquirí con mi tono más agrio.

Pude ver contrariada cómo su expresión relumbraba triunfal.

—Cualquiera que hable de los piratas berberiscos del siglo *xvi*, en especial, de Jeyreddín *Barbarroja*: biografía, leyendas, todo lo que tenga que ver con él. También necesito saber si hay registros históricos de algún cronista de la época sobre el ataque y el saqueo por parte de la flota de Barbarroja a la villa de Oropesa en 1536.

Su detallada demanda me hizo observarlo con suma atención. Percibí un tinte ansioso en su faz que me desconcertó, acentuando mi curiosidad por aquel individuo.

Asentí cortante y me dirigí a mi puesto de trabajo más tensa de lo que había salido de él.

Tomé asiento frente al monitor y comencé a teclear en el bus-

cador de archivos. Recorrí con la mirada la gran variedad de libros que coincidían con los parámetros de mi búsqueda y comencé a apuntar en una ficha el número de referencia para su localización.

—Hay un cronista en particular que parece haber conocido muy bien a Barbarroja —murmuré sin despegar los ojos de la pantalla—. Un tal Francisco López de Gómara.

—Perfecto, veo que hay mucha información —musitó complacido.

Terminé de apuntar las referencias y le entregué la ficha.

—Dudo que le dé tiempo a consultarlos todos hoy —aduje, no sin cierto tono contrariado en la voz.

El hombre alzó una ceja y sonrió mordaz.

—Míralo por el lado bueno: así tendrás más oportunidades para echarme.

Compuse una sonrisa exagerada que debió de caricaturizar mi expresión, y con la barbilla asentí a modo de despedida.

—Tu simpatía me abruma —bromeó guiñándome un ojo.

Miró la ficha, chasqueó la lengua y se volvió buscando los pasillos correspondientes a las referencias anotadas en ella.

De repente se giró y, cómo no, me pilló observando su marcha.

—Baja la guardia, Elisa, no tengo pensado prenderle fuego a la biblioteca.

—Señorita Beltrán —apostillé recalcitrante.

El hombre mantuvo su sonrisa de suficiencia y agitó la ficha acompasando el movimiento con la negación de su cabeza.

—Odio los formalismos, tanto como odias tú que te tutee, con lo que tendrás que conformarte con que no prenda fuego a tu reino, *Señorita Rottenmeier*.

Entorné los ojos y apreté los labios con disgusto, obligándome a bajar la vista hacia mi escritorio; que conociera mi apodo encendió mis mejillas, activando una peligrosa e inestable bola de fuego en mi interior. Respiré hondo y cerré momentáneamente los ojos, apelando a mi más estricto autocontrol para evitar mandarlo a la mierda.

Oí sus pasos alejándose, y con ellos se marchó también mi inexplicable incomodidad. No supe discernir por qué un simple desconocido despertaba en mí aquel inusitado rechazo, y aunque no me

caracterizaba por mi amabilidad precisamente, ese hombre, con su sola presencia, acentuaba mi ya de por sí acritud natural.

Intenté centrarme en mi trabajo mientras hacía barridos visuales por encima de las gafas para vigilar a los presentes, pero indefectiblemente terminaba buscándolo. Unas veces lo encontraba en cuclillas en un pasillo repasando con su dedo índice los lomos de una hilera de libros con el ceño algo fruncido en gesto concentrado, y otras sentado a su mesa, pasando páginas sumido en la lectura.

Resultaba evidente que buscaba algo en particular, pues no dejaba de deambular por los pasillos eligiendo un libro tras otro.

Había algo en su forma de moverse que captaba poderosamente mi atención. Sus zancadas eran ligeras y elásticas, con esa peculiar elegancia felina que lo asemejaba a un gran y temible puma negro. Su cabello oscuro, sus ojos verdes y rasgados, y su rostro anguloso, de mandíbula cuadrada, hacían que se pareciera hasta en el físico a aquel depredador.

Por fortuna, estaba tan ensimismado en su tarea que no reparó en mi atención, lo que me permitió dar rienda suelta a mi curiosidad poniendo en marcha mi experimentada capacidad deductiva. Mi mente analítica, curtida en toda una vida de lectura detectivesca, descubrió que el dorso de su mano y sus nudillos estaban un par de tonos más pálidos que los dedos, que su cabello algo descuidado y ligeramente revuelto, junto a las marcadas rodilleras de sus vaqueros desgastados, se correspondían con el perfil de un motero. También me fijé en un particular gesto que repetía: abría y cerraba a menudo los largos dedos de las manos, estirándolos hasta arquearlos ligeramente, como un pianista entre pieza y pieza; quizá lo fuera, aunque no era usual que ambos perfiles conjugaran. Otro detalle que me llamó la atención fue que la puntera de su bota derecha no dejaba de moverse, como si siguiera el ritmo rápido de alguna canción. Quizá fuera un tic, aunque su porte era sereno y no parecía ser la clase de tipo nervioso incapaz de mantener la atención mucho tiempo en una cosa. Al contrario, era observador y desprendía agudeza y templanza. También había demostrado en nuestro particular pulso que tenía sentido del humor y que no era lo que se dice domable. No supe muy bien por qué, pero lo percibí fundamen-

talmente como un hombre solitario y hermético. Aquélla, sin duda, era la sensación que más predominaba a medida que lo observaba. Sí, me repetí, había algo misterioso en él, como una titilante marquesina que lo destacaba por encima del resto.

Su rostro era de facciones duras, su mirada recelosa y, sin ser extremadamente guapo, resultaba bastante atractivo, aunque a mí en particular me provocara desconcertantes escalofríos. Era la primera vez que alguien despertaba en mí aquellas inusitadas sensaciones.

Sacudí la cabeza decidida a alejar a aquel hombre de mis pensamientos y me enfraqué en el tedioso registro. Había perdido la noción del tiempo cuando un familiar carraspeo me sobresaltó de nuevo.

El hombre me miró burlón y dejó en el mostrador la pila de libros que llevaba. Dibujó una sonrisa pícara y tamborileó sobre la madera.

—¿Se lleva algún libro en préstamo? —pregunté mirándolo por encima de las gafas con gesto sobrio—. Le recuerdo que sólo puede llevarse tres y tiene un plazo de quince días para su devolución.

—No me llevo ninguno, prefiero regresar mañana y así dejar que sigas analizándome. Da la impresión de que necesitas un incentivo para venir a trabajar.

De nuevo forjé una sonrisa forzada que terminó en una mueca indefinida, pero mis ojos lo fulminaron.

—La verdad es que no sé qué haré con mi vida cuando termines tu investigación —mascullé ácida—. Suerte que tengo cerca muchos acantilados por los que tirarme.

Él estiró los labios en una sonrisa abierta y divertida, y dio una palmada sobre el mostrador.

—Bueno, pues en mi afán por salvarte la vida, regresaré mañana —bromeó distendido, disfrutando con la clara represión bajo la que lograba mantener a raya mi genio.

Nos sostuvimos la mirada un instante en un curioso duelo por contagiar la emoción del contrario, él manteniendo su sempiterna sonrisa desafiante, y yo mi ceño y mi semblante adusto.

—¿No me acompañas a la puerta? —musitó burlón.

—Sólo si tú me acompañas al acantilado —respondí sin mutar un ápice mi hierática expresión.

El hombre se carcajeó sin dejar de mirarme, intentando sofocar la risa cubriéndose la boca.

Agité la mano dibujando un patente gesto de despedida, bastante desdeñoso, y él asintió limpiándose las lágrimas.

—Tranquila, Elisa, el capullo abandona el edificio.

Me guiñó el ojo y salió con ese paso decidido y ágil que de nuevo atrapó mi mirada. No fue hasta que oí la puerta cerrarse cuando dejé escapar un resoplido aliviado. Pero ¿por qué? —me planteé—, ¿por qué ese hombre me incomodaba?, ¿por qué me ponía en guardia?, ¿por qué todo mi ser reaccionaba contra él, queriéndolo lejos?

Suspiré profundamente y cogí su ficha. Posé mis ojos en su sesgada caligrafía y me encontré repasando su nombre con la punta del índice: Luis Roig. Fruncí el ceño inmersa en mis inquietudes respecto a él y, cuando alcé la vista hacia el lugar donde había estado sentado, descubrí que se había dejado un libro sobre la mesa.

Me puse en pie y me dirigí hacia allí, dispuesta a colocarlo en su lugar. Pero cuando lo tomé en mi mano advertí que no pertenecía a la biblioteca.

Era un libro de corsarios berberiscos, cómo no. Lo abrí por la mitad y lo ojeé por encima. Me llamaron la atención los grabados, y en particular uno de un pirata gobernando el timón de su nave. El detalle en aquel grabado era exquisito y minucioso. Aquel hombre reflejaba un halo de seguridad en sí mismo tan poderoso que atravesaba el papel. Su apariencia no era la de un pirata convencional. En su cabeza lucía un turbante claro que contrastaba con los mechones oscuros que el viento moldeaba a su capricho. Llevaba una gran camisola de mangas abullonadas abierta en el pecho y, sobre ella, un chaleco suelto. Un ancho fajín ceñía su cintura y unas botas altas enfundaban unas calzas oscuras. Su porte era regio y su expresión, amenazante y fiera. Llevaba una barba larga y, sin embargo, no ocultaba unos rasgos bien cincelados, armoniosos, aunque contundentes. «Facciones patricias, ropajes moriscos, curiosa mezcla», pensé todavía embebida en el subyugante influjo de aquella ilustración. Abajo, un nombre: Jeiredín *Barbarroja*.

Pero aquel rostro no era árabe, ni su cabello parecía rojo, pues, aunque el grabado era en negro sobre pergamino, la intensidad

del trazado no dejaba lugar a dudas sobre la profunda oscuridad de un tono azabache. Aquella imponente figura atrapó poderosamente mi atención, despertando mi curiosidad sobre aquel curioso personaje. Sin lugar a dudas, saber que había estado allí, en Oropesa, y que había sido la pesadilla de todo el Mediterráneo y la mano derecha del temible sultán turco Solimán el Magnífico lo convertía en una especie de leyenda fascinante. «¿Quién fuiste en realidad?», pensé fijando mis ojos en los definidos detalles de su rostro. Suspiré y me descubrí repasando con el índice la ilustración. Sacudí la cabeza aturdida y cerré el libro. Intrigada, comprobé que no tenía editorial ni ningún distintivo sobre su procedencia. Y, ante mi absoluta impavidez, descubrí el nombre de Luis Roig como autor de aquel volumen.

Decidí guardarlo para devolvérselo al día siguiente, y con esa intención me dirigí a mi puesto, pero en lugar de depositarlo en el cajón de mi escritorio, me encontré introduciéndolo en mi bolso. La intención de leerlo había surgido antes incluso de que yo misma fuera consciente de aquel deseo inesperado. Decidí no cuestionarme aquella súbita decisión y rendirme al agujijón de la curiosidad más inaudita.

Había llegado la hora de cerrar.

Recogí mis cosas, apagué las luces desde el panel de fusibles, bajé las persianas de las ventanas y salí cerrando con llave.

Enfilé la calle Goya hacia la plaza de España, donde tenía aparcado el coche, enfrente del bar Salva. Aunque solía ir a trabajar caminando, aquel día había quedado a cenar con mi gran amiga Julia en su villa a las afueras del pueblo, cerca de un espectacular mirador.

Sonreí pensando en la maravillosa velada que me esperaba mientras cruzaba la calle, sin ver el vehículo que se precipitaba sobre mí.

Sentí cómo mi cuerpo era catapultado por encima de un capó oscuro y rodaba desmadejado en el aire hasta caer con un golpe seco en el asfalto. Todo sucedió a cámara lenta, angustiosamente lenta. Incluso podría asegurar que oí el crujido de mis huesos quebrándose por el impacto y la calidez espesa de la sangre cubriendo mi piel como un paño mortuario.

Luego llegó la oscuridad, densa, pegajosa y terriblemente fría.